

*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



II Parte

Las profesoras y profesores de la Escuela de Estudios Generales investigan

Los monstruos en las leyendas costarricenses

Óscar Alvarado Vega
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
oaalvarado100@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-9286-1024>

Recibido: 20 de setiembre de 2018

Aceptado: 10 de diciembre de 2018

Resumen: La monstruosidad es uno de los temas que ha abordado la literatura, pese a que en el acontecer costarricense poco se ha teorizado con respecto a esta. Las leyendas en nuestro país han tenido un asidero importante, por lo cual tener la posibilidad de abordar la emergencia del monstruo desde la perspectiva de estas intenta convertirse en uno de los primeros acercamientos que, con respecto a esta, pretende la discusión de este artículo. Lo monstruoso como manifestación sobrenatural, al margen de la moraleja, apegada o no, a este acercamiento discursivo.

Palabras clave: Monstruoso; leyendas; literatura; espanto; sobrenatural.

The monsters in the Costa Rican legends

Abstract: The monstrosity is one of the issues that has addressed the literature, although in the Costa Rican events little has been theorized regarding this. The legends in our country have had an important foothold, so having the possibility to address the emergence or appearance of the monster from the perspective of



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



these tries to become one of the first approaches that, with respect to this, aims the discussion or boarding of this article. The monstrous as a supernatural manifestation, to the margin of the moral, attached or not, to this discursive approach.

Key words: Monstrous; legends; literatura; terror; supernatural.

En el acontecer costarricense, las leyendas, como en todo pueblo o nación, son parte de la cultura y pasan por el filtro de tradiciones que en su momento tuvieron una repercusión importante.

El paso de los años, la sociedad moderna, los visos de progreso en mayor o menor medida, terminan por debilitar el peso de estas en el acervo de lo cotidiano.

Es por eso que leyendas, aquello que se cuenta y que forma parte del imaginario de los pueblos y que tienen asidero en la tradición oral, tales como La segua, El cadejos, La tule vieja, El padre sin cabeza, La carreta sin bueyes, La llorona, etc., siguen aún formando parte de lo que representa el quehacer cultural de nuestro país, y fundamentalmente de las regiones rurales de Costa Rica.

Desde ahora podemos señalar el peso de la moraleja como parte esencial de estas, y lo que representa como llamada de atención, no solo contra los que “delinquen” contra lo establecido en tanto valores tradicionales, sino también para aquellos que deben “ver” en el ejemplo de los otros su propia llamada de atención.

El castigo significa, en la gran mayoría de estas, por no decir en todas, un proceso de transformación de lo humano en lo bestial, en la “mounstrificación” que produce, simbólicamente o físicamente, el cambio hacia lo “demoniaco”, de acuerdo con la percepción desde la oralidad y la lectura efectuada por quienes participan, directa o indirectamente, en tal proceso.



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



La transgresión de lo establecido, el rompimiento de lo normado, y la violación de los preceptos sociales y religiosos, traen como resultado la imposición de tal castigo, la emergencia de la falta y la “muerte simbólica” que ello implica ante los otros.

El espanto, el muerto, el fantasma, lo macabro, lo diabólico son el resultado en el caso del Cadejos y la Llorona, por citar dos ejemplos, lo mismo que en la Carreta sin bueyes o El padre sin cabeza. Las transgresiones llevadas a cabo por estos les trae la condena, que puede durar siglos o extenderse por siempre, lo cual también trae la idea de una inmortalidad revestida de terror y perversión, y ello trae como corolario el miedo y el espanto de todos aquellos que se vean envueltos de una u otra manera en este mundo de terror.

Si bien los espantos han formado parte de las historias de nuestras vidas desde niños, cercanos a la cocina de leña, al fogón o en las tertulias en las cuales participan nuestros padres y abuelos, lo cierto es que estas se han convertido en parte inseparable dentro de nuestro imaginario. Una especie de placer en la escucha de estas, aun cuando luego el miedo nos sobrecoja. Es la tentación de lo prohibido, de lo oculto ante lo que representa la figura (o en algunos casos, el aullido, los gritos, las risas, etc.) de estas figuras siniestras, escondidas por lo demás en las horas de la noche y la madrugada:

Dice que ya son muchos a los que les ha pasado su mano en esa hacienda en la que nadie ignora que sale un hermano... quien sabe si será promesa sin cumplir o botija que hay enterrada; el caso es que los han alzado tiesos. Allí cada nada están levantando gente del suelo. Uno que estuvo de mandador le contó que una noche, hacía muy bonita luna, oyó el perro late y late y como el animal no lo dejaba dormir, salió con el cuchillo a ver lo que sería. Se puso a poner cuidado cuando en eso le pegaron un gran socollón a la cerca, y no era que hiciera viento; le entró un gran frío por la espalda y se metió ligero; la mujer dijo a rezar y a pasarle bien duro la cobija por la espalda; ya desde esa noche nunca volvió a latir el perro (Zeledón, 1989, p.142)



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



Lo inexplicable, lo sobrenatural es la característica fundamental de estas leyendas, que escapan ciertamente a una idea romántica al estilo de otras leyendas. En estas es más bien lo sobrecogedor lo que da razón a su esencia. Lo espeluznante acompaña cada uno de los relatos que vierten estas:

La Cegua siempre busca al hombre birringo cuando anda de noche en sus fechorías: al pronto ve uno una mujer de pelo suelto, enlutada, con un cuerpo que da gusto verlo, chiquiona para andar, haciéndose la desentendida. El que es la palabrea y ella dejándose alcanzar, cuando ya uno va apareándose y se le arrima con confianza y le dice “cholita linda” o cualquier otra carga, vuelve la cabeza y pela así dientes de caballo, las orejas también de caballo. Con toda seguridad que al individuo tiene que juntarlo después. Pero sólo al hombre mujeriego es al que le sale. Al hombre formal lo respeta, y a las mujeres... (Zeledón, 1989, p.143)

Existe la idea de la noche como tiempo de misterio, en donde la oscuridad se convierte en propicia para la salida y manifestación de lo terrorífico. De igual forma, la aparición de estas figuras siniestras, monstruosas ocurren a sujetos que caminan solitarios, rara vez en grupo, y además en lugares o espacios también casi ocultos tales como caminos, veredas, bosques, potreros, cafetales, y demás.

Por ello, quien desdice de las buenas costumbres, se ve sujeto al castigo que implica su delito. Es lo que ocurre con la leyenda de El Padre sin cabeza, en la cual el personaje principal, ñor Reyes, deja a su familia para ir a un baile, en donde pelea, se emborracha y luego regresa, casi inconsciente, a su casa. Al pasar por el recodo llamado: “Calle del Cura sin Cabeza” se envalentona. Es un lugar oscuro, solitario, lleno de higuerones, con lo que la imagen del higuerón implica, en tanto por su tamaño, confiere mayor oscuridad, pues tapa la luz de la luna:

Frente a la plazuela, donde solamente se levantaba una casa de peones de la finca, vio una ermita. Se restregó bien los ojos, porque no tenía memoria de que allí hubiera existido esa construcción. Pero como para desvanecer sus dudas, repicó la campana llamando a misa. Y deseoso de enterarse por sus propios ojos de que no “eran visiones” ni cosa del otro mundo, se desmontó y entró al templo, que estaba iluminado a media luz. Se hincó y se dispuso a oír misa. Todo



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*

5

fue muy bien, mientras el sacerdote no volvió lacara, para cantar el “Dominus Vobiscum” y se dio cuenta de que al Padre le faltaba la cabeza. La impresión lo levantó como con resortes y lo hizo abrirse en estampida. Al pasar bajo el coro, oyó un ruido infernal y sintió que la campana le seguía repicando su badajo... ¡No supo más! (Zeledón, 1989, p. 149)

El castigo se manifiesta ante la transgresión. La moraleja también manifiesta y reitera la necesidad del respeto al núcleo familiar y a los valores establecidos. Ñor Reyes aprende su lección y de igual forma otros que puedan irrespetar a sus familias, o consumir licor clandestino o trasnochar aprenden de este, marcado por el suceso terrorífico que vive en su momento.

Los monstruos o espectros transitan por los relatos que las leyendas van esbozando. En la leyenda de “El Pirata sin cabeza” aparece la idea de Satanás como aquel que “cuida” a quienes hacen un trato con él, pero los “mounstrifica”, como ocurre con el pirata decapitado que persigue a su asesino. Lo sobrenatural tiene lugar en estos relatos y las supersticiones alimentan el miedo ante lo desconocido e inquietante.

Por otra parte, en “La tule vieja”, en el cual se manifiestan el lenguaje popular y las supersticiones, de nuevo la aparición del espectro, del monstruo, toma lugar en el relato. Es la mujer diminuta, pero revestida de un aspecto fantasmal. La muchacha que queda embarazada, pero trae la vergüenza a su familia conservadora, por lo cual recibe azotainas todos los días, hasta que decide, cuando ha dado luz al hijo, deshacerse de este privándolo de la leche, y el infante muere de hambre. Esta enloquece, y se priva también de los alimentos, hasta que muere. Luego, su espectro carga enormes bolsas de leche para dar de amamantar al hijo, y en ocasiones intenta entrar a las casas en busca de este.

Por otra parte, una de las leyendas más extendidas en nuestra geografía, y a lo largo de toda Latinoamérica, es “La llorona”, la historia de la joven mujer que arroja su hijo al río, (o que es arrojado por orden del padre de esta) y que a pesar



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



de las diversas versiones existentes en relación con esta, resume en tal acontecimiento la historia de horror y locura que desencadena la aparición del espanto, del monstruo que vaga por las orillas de los ríos y asusta a quienes escuchan sus horrendos quejidos de dolor.

No se debe dejar de lado el hecho de que la leyenda (cualquier leyenda) es la historia apegada a una ficción, que igualmente porta, en la mayoría de los textos respectivos, de una moraleja que trae a colación la idea del castigo para quien atenta contra los valores. En ese proceso, la mujer se ve despojada de su belleza y asume, desde su lugar fantasmal, la figura revestida de fealdad, física y moral, debido a la propia pena que carga consigo. El castigo y la locura de nuevo se convierten en manifestaciones monstruosas de un proceso mayor, como lo es la emergencia o aparición del espanto que ha de desencadenar el terror entre quienes se mueven cerca o alrededor de esta:

Agregan además que como el Judío errante, anda y andará donde quiera que haya agua, siempre tras la criaturita. Un rayo de luna se la alumbra, la va a coger, y el rayo desaparece, la corriente la burla arrastrándosele el niño y ella da gritos desesperados, exclamando: -“Va a venir”. Cuando alguien se le acerca, por desgracia, perece en sus manos confundido con el que fue causa de su condena (Zeledón, 1989, p. 162)

El monstruo desafía el espacio de lo convencional. Rompe la norma, pervierte lo establecido y su carácter, en este caso fantasmagórico, comporta la idea del terror, de aquello que resulta ya no solo distante y extraño, sino inexplicable en su carácter de sobrenatural. El monstruo es el portador de la falta y acercarse a este es carga con esta, ser objeto de castigo por parte del castigado, que se convierte, a su vez, en castigador. El monstruo, por lo tanto, muestra el horror de su condición.



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



Esto es lo que ocurre con cada uno de los espectros que deambulan por las leyendas costarricenses. Los monstruos son espantosos, porque se dimensionan desde lo espectral, y lo sobrenatural es siempre objeto terrorífico por esencia.

En el texto “Los duendes” los temas y semas fundamentales son la maldad y la crueldad monstruosas. Estas son criaturas revestidas de un espíritu maligno, por lo general, capaces de raptar niños y de maltratarlos por el placer simplemente de hacerlo. La leyenda apunta que la música en especial les es molesta, lo cual los ahuyenta, pues les hace recordar sus épocas de gloria celestial de la cual han sido privados, lo cual repercute aún más en su carácter enajenado, repulsivo, de expulsión y de monstruosidad perversa. La figura de estos, semejante a un hombre muy pequeño, casi un niño, confunde a quienes se encuentran con ellos, aunque sus ropas vistosas los delatan en tanto lo que son.

Por otra parte, una de las leyendas más aterradoras de nuestro contexto, “La carreta sin bueyes”, de la cual también como es lógico en tanto propio de las tradiciones en principio orales, existen diversas versiones. Lo que sí predomina, no obstante, es la referencia al contexto de lo demoníaco, de lo perverso, en donde de nuevo el miedo, y al final la moraleja del texto, se convierten en elementos característicos de este tipo de leyenda. Una de las tantas versiones apunta que en tiempo de la colonia un sujeto perverso en demasía llamado Pedro, en la cual atenta contra un acto religioso y recibe la maldición del cura, de la que se salvan los bueyes que se niegan a entrar en la ermita y profanar esta. En adelante, el maldecido debe vagar en la carreta por siempre, como un espectro que se hace escuchar por todos cuando vaga por los pueblos. De nuevo el concepto de lo monstruoso sobrenatural.

El espanto es posiblemente uno de los más terroríficos monstruos, debido a su perversión y acto de castigar a quienes infringen las leyes y los valores



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*

8 → sociales, religiosos y morales. El castigo es la muerte en muchos casos o la locura.

Otra de las versiones apunta al castigo derivado por haber robado la madera destinada a la reparación de una iglesia, por lo cual es San Pedro quien castiga al ladrón, absuelve a los bueyes y hace que esta vague por los siglos de los siglos, con la carga del ladrón en ella. El ruido de la carreta, de sus ejes, aumenta el pánico entre quienes lo escuchan, y confirma que nadie escapa al castigo divino por sus actos delictivos. Así, el monstruo es el resultado del castigo divino.

Hemos señalado que la noche se convierte en recurso fundamental en la construcción de lo terrorífico, de lo que espanta, de lo monstruoso. La noche misma es monstruosa como ambiente, propicia para la manifestación de aquello que trasciende la comprensión. Es el espacio y el tiempo para la presencia fantasmal. La Carreta sin bueyes se desliza por los lugares en los cuales alecciona a quienes atentan contra la moral y las “buenas costumbres”. Paradójicamente, el texto la construye no solo como fantasma, como maldita, sino también como un espectro revestido de un carácter positivo en determinadas circunstancias:

Dicha carreta recorre únicamente las calles por donde viven amancebados escandalosamente libertinos, o, ya bien, matrimonios que diariamente están como perros y gatos. Así demuestra Tatica Dios su desagrado a esos mortales de mal vivir, para que se corrijan y busquen el buen sendero. Para eso ha sido enviada la “carreta sin bueyes” a este valle de lágrimas. En cierta ocasión dio en aparecer este hermoso fantasma por las calles de... produciendo tanto espanto entre los habitantes de aquel lugar, que apenas anochecía nadie se aventuraba a salir de su casa por temor a encontrarse con ella (Zeledón 1989: 186).



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*



Desde el aspecto anterior, encontramos por primera vez la referencia a una manifestación sobrenatural que trae una valoración positiva. Se castiga únicamente a quien infringe los lazos sagrados de la sociedad. El monstruo se construye desde lo positivo o loable. De nuevo la moraleja aparece implícita en esta leyenda.

En medio de ello, una de las leyendas más conocidas en nuestro entorno lo es el Cadejos, aquel que ha recibido la maldición de convertirse en una figura bestial, que vaga por las noches castigando a quienes también muestran una desviación en los valores establecidos. Su presencia, la de un perro enorme, encadenado, furioso en ocasiones, fantasmal, terrorífico trae como resultado lo fantasmagórico, lo amenazante, lo extraño, lo que escapa a la comprensión y por ello resulta diabólico. La desobediencia hacia el padre recibe no solo el castigo, sino la maldición, la peor de todas las penas. Algunas versiones apuntan a la lección que dio el hijo al padre alcohólico, por lo cual recibe la maldición ante el enojo del progenitor. En otras, es el hijo el sujeto que parrandea y ocasiona disgustos a sus padres, por lo cual la furia del padre lo convierte, a partir de la maldición emitida, en una figura que ahora debe aleccionar a quienes también cometan actos reprochables. La noche es siempre el tiempo en que éste vaga, en medio de lugares solitarios u ocultos. En otras versiones, simplemente acompaña al hombre hasta la casa, no ataca, y deambula de manera muda, con el solo ruido de las cadenas que arrastra consigo como fardo infernal.

A la par de todo lo señalado, debe indicarse que el paisaje es una especie de personaje más, revestido de características particulares, construido desde la dimensión propia de lo misterioso, de lo oscuro, de lo fantasmal, espectral y misterioso:



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*

10

La noche era sombría y tempestuosa. Los truenos hacían retemblar la tierra y repercutían entre las quiebras del terreno y llegaban débiles a las cimas altísimas de los montes. Al silbar el huracán entre el ramaje que crujía y se doblaba, se escuchaban como frases y lamentos de desesperación, aullidos estridentes, voces vagas, inciertos rumores de un mundo desconocido de dolor. Torrentes de lluvia, cual otro diluvio universal, caían con estrépito que hacía más el horror de esa noche (Zeledón, 1989, p.191).

El castigo por sus propios crímenes, por la vida disoluta que caracteriza su vida como ser humano y antiguo cura apegado a lo material y la vida plena de lujos, lo convierten en el monstruo, en la bestia sobrenatural, que revela en sus propias palabras su proceso de crímenes, su castigo, su pena, y su liberación. Su crimen mayor, el haber llenado de maldad el pueblo en el cual ejerce su sacerdocio.

Las leyendas, relatos orales de los cuales nos hemos ocupado aquí, también nos heredan una de las más conocidas y terroríficas, en donde el miedo, el castigo, la pena se repiten como en las demás, lo mismo que la moraleja, explícita o implícita. La Segua permanece en el imaginario de nuestros padres y abuelos, y si bien no tiene la misma vigencia que la que guardaba en la primera mitad del siglo XX e incluso antes, aún forma parte del acervo de nuestro pueblo:

-Es una muchacha. Dijeron Juan Varela y Chepe García.

-Y muy bonita. Dijo alguien del grupo.

-Vení Chepe. Dijo Juan Varela. Vamos y la conversamos.

Poco a poco se acercaron más y cuando le fueron a tomar una mano cada uno, que ella les ofrecía...

Yiiiiij! yiiiiij! Yiiiiij! Unos relinchos que retumbaron, por toda la oscuridad fue lo único que se oyó y unos dientes tan grandes que pudimos apreciar antes de partir a toda carrera tropezándonos unos con otros. En varias oportunidades nos formábamos en grandes piñas, pues nadie quería quedarse atrás, tanto era el temor (Zeledón 1989: 194)



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*

11

La Tzegua, como se refiere en otra de las leyendas, es la reencarnación del demonio, la perversidad. Es la figura siniestra que se zoomorfiza en yegua o en una figura siniestra parecida a esta, sin perder su cuerpo de mujer. Las consecuencias de su encuentro, terminan por convertir a los hombres en despojos, en harapos humanos, vencidos por el miedo y el trauma ante tal encuentro. Es el monstruo sobrenatural que mata a quien pretenda propasarse con ella en su figura de mujer hermosa o marca psicológicamente a quienes sobreviven a su presencia. Es la mujer que aparece a la vera del camino solicitando ser llevada a un determinado lugar, y luego “desenmascara” su aspecto espectral:

-Ni los más cerrados se resisten a su ruego, y todos caen en su lazo. Hay quienes le ofrecen la delantera de la montura y otros que prefieren llevarla a la grupa. Para ella es lo mismo. Cuando comienzan a caminar, si va adelante vuelve la cara, si va atrás hace que el jinete la vuelva. Aquí lo espantoso. Aquella mujer hermosa, ya no es ella. Tiene la cara como la calavera de un caballo: los ojos lanzan fuego, enseña con amenaza los dientes pelados y muy grandes, tiene la boca abierta y arroja un vaho por aliento que huele a podrido. Al mismo tiempo sus brazos como fierro se agarran del jinete. El mismo caballo, que parece que se da cuenta de lo que lleva encima, arranca a correr como loco sin que ninguno le pueda contener (Zeledón, 1989, p.197)

El miedo es el resultado de estos encuentros. Con la muerte o sin ella, con el contacto o sin él, lo cierto es que la sola existencia, la mirada (desde y hacia la figura fantasmal) y la presencia de estos monstruos producen el terror. El monstruo aterroriza. Incomoda y resulta detestable, no solo por su aspecto sino por las consecuencias derivadas del encuentro con este.

La referencia a su aspecto monstruoso, que se encuentra por ejemplo en “Carlos y la segua”, da cuenta de lo que significa la lectura de la figura diabólica simbolizada por esta, que a diferencia de las demás leyendas y sus espectros, por lo general sí ataca a aquellos con los cuales entabla un encuentro:



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*

12

Todo el mundo cree que vio a la Cegua y que esa horrible visión lo mató. Se dice que ella se convierte en un horrible monstruo (Zeledón, 1989, p. 201)

De nuevo, la referencia a lo que significa lo monstruoso en tanto deleznable toma lugar en el imaginario, en este caso de la madre que intenta la no salida del hijo por la noche.

El regreso del hijo representa el encuentro con la Cegua. El rostro del espectro es la monstrificación de la belleza, la deformación de esta y la aparición de la fealdad aterrizante. El monstruo lo aprisiona cuando la lleva en su propio caballo. La propia Cegua lo alecciona cuando al hablarle le permite la vida, y lo deja ir a cambio de abandonar sus noches de juerga.

En resumen, las leyendas costarricenses elaboran la idea de un monstruo, de los monstruos que van desfilando y que, lejos del simple terror, dejan una moraleja: el monstruo es también una metáfora, una construcción moralizante en el devenir de nuestros antepasados, que hoy pierde trascendencia pero que a partir del texto escrito continúa como un legado de un pasado reciente entre nuestros campesinos y nuestro pueblo.



*Especial: Humanismo e investigación: una actividad permanente
en la Escuela de Estudios Generales*

13

Bibliografía

Gil Calvo, Enrique (2006). "Monstruos", en *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona: Anagrama. Páginas 284-363.

Kapler, Claude. (2004). *Monstruos, demonios y maravillas. A fines de la Edad Media*. Madrid: Akal

Martín Alegre, Sara (2000). *Monstruos al final del milenio*. gent.uab.cat/saramartinalegre/

Mora, José Antonio (2007). *Los monstruos y la alteridad. Hacia una interpretación crítica del mito del monstruo*. Heredia: EUNA

Ocampo Ramírez, Gloria Inés. (2013). *De la monstruosidad a la alteridad en la obra de Diane Arbus. Trilogía*. N° 8: 19-28. dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4521463.pdf.

Zeledón Cartín, Elías (compilador). (1989). *Leyendas costarricenses*. San José, Costa Rica: Museo de Cultura Popular.

